

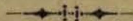
Que Heriberto Frías, continúe trabajando sin descanso hasta lograr por obra del esfuerzo propio, la última liberación, de su esposa, de su hada, de su musa, victimada aún como Andromeda en las asperezas de la roca de Jopé. . . .!

No olvide que los literatos sin instrucción no llegan jamás á los misticismos del arte que fortifican el espíritu.

No olvide que los literatos sin instrucción no llegan jamás á sentir enredados en el vello de sus brazos los besos amorosos de las castísimas pegásides.

Tiene que aprender mucho todavía. . . .!

Necesita pactar con los libros una solemnísima reconciliación pues sus miradas miopes no han columbrado todavía en el jardín encantado del arte las carbúnculas pupilas del pájaro minervino que anuncian la carbonela del yelmo destellante de la diosa que vela solícita por todos los malditos que llevamos bajo la bóveda del cráneo la capilla ardiente de la idea. . . . .!



## RAFAEL DELGADO.

*La investigación sobre la vida interior y moral debe funcionar paralelamente á la investigación de la vida exterior y social.*

PABLO BOURGET.

*Es todo arte un conjunto de partes enlazadas que el artista modifica de modo que manifiesten un carácter pero no es necesario que en todo arte este conjunto corresponda á los objetos reales basta que exista.*

HIPÓLITO TAINÉ.

R. VALLE DÍAZ

Al verificarse aquí algún acontecimiento anormal la morbosa curiosidad de esos cínicos burgueses que compran los periódicos amarillos protegiendo así á los mercaderes vergonzantes no de otra suerte que los filántropos tacaños amamantan el vicio favoreciendo á los limosneros truhanes, se sacia, con porcina gula, en la contemplación de aquellas de nuestras purulencias sociales que al ser velicadas por el acaso redundan de sus manantiales rebotados y se desbordan hasta en las gravas de sus más infecciosos sedimentos.

No hace muchos años, en México, donde nunca acontecen estupendos sucesos, ocurrió uno extraordinario, extraordinario sí, á pesar de que por sí mismo, no significaba, ni un cuantioso peculado, ni el intempestivo hundimiento de un valido, ó, el no menos intempestivo, encumbramiento, de cualquier gorilla de zapatos de charol, ocurrió un suceso extraordinario, extraordinario sí, á pesar de que no significaba, ni siquiera un asesina-

to horrendo, como aquel policiaco asesinado, aquel crimen de alguaciles alguacilados, que, dió, ante el estupor público, la medida exacta de nuestra inmoralidad administrativa, ni siquiera un atentado, como ese, cuyo recuerdo sacude nuestros nervios todavía conjurando como el espectro de Marius en las terribles pesadillas de Jugurtha un hermoso pensamiento de Suetonio.....!

Aquel suceso cayó sobre los que según el padre Hugo, preferimos la espuma del Pegaso á la leche de la burra, sobre los que sabemos que para hacer sangrar el himen de la buena musa, es necesario, padecer todas las crucifixiones, como una unción del milagroso bálsamo, como un beso de piedad, fué, una sonora clarinada en nuestras luchas sin cantos bélicos ni glorificantes epinicios, un grito de alerta exhalado por la voz de oro del entusiasmo, fué, la brisa del florécido oasis en el desamparo del arenal, la matutina estrella que cual ardiente lámpara iluminaba la tiniebla de nuestras gemonias, fué, el verbo ático del divino Petronio que arrancaba nuestras almas de las esclavonías del mónstruo Libor, fué, un libro, la primera novela de Rafael Delgado....!

¿Quién era ese desconocido provinciano que en un momento conquistaba la metrópoli sin haber intrigado como un discípulo de Oliverio el Gamo en las farándulas políticas....?

¿Quién era ese audaz que se hacía notable entre nosotros sin ser cómplice de ningún magnate

obstruccionista de espadón al cinto y mal olientes botas....?

¿Quién era ese temerario que llegaba á triunfar sin contarse entre los paniaguados de algún personaje político de esos que amodoran sus duelos de maridos descornados en los sillones de las magistraturas....?

¿Quién era ese artista que osaba tener talento sin pedir el sufragio á algún Dioscorides de la hortaliza literaria de esos que cultivan á los cerebrales canijos como á los repollos los aldeanos....?

¿Quién era ese atrevido que atravesaba entre la chusma murmurante sin temer por la albura de su manto de templario....?

Se decían muchas cosas....

Era un humilde empleado federal.

Era un modesto maestro de escuela.

Era un obscuro desbravador de chicos.

Un piloto.... un sembrador.... un mentor!

A pesar de esas afirmaciones formuladas por los más contumaces pesquisidores se supo muy pronto, que, en aquel escritor, hasta entonces ignorado, se atesoraban entre otros muchos méritos un espíritu superior un gran talento una admirable percepción artística y una ilustración que por su amplitud no admitía comparación con la de los hombres de letras de la capital.

La biografía del primer novelista mexicano podía consignarse íntegra en unas cuantas líneas.

Era el más aprovechado de los discípulos de un sabio orizabeño. . . . de Silvestre Moreno Cora.

El predilecto, el más amado, el Eliseo de aquel Elias. . . .!

Le querían mucho en su villorrio natal, había escrito dramas que aplaudían hasta el delirio sus conterraneos, periódicamente, leía conferencias llenas de sabiduría, en un ateneo artístico del lugar, hacía versos más que medianos, vivía solo. . . era católico!

Pasada la impresión de atonía que el surgimiento de tan vigoroso literato causara á las gangarillas de los montoneros, de intelectualidades abuladas, triunfó la justicia, haciendo que el advenedizo gozara del inefable orgullo de ver sobre su cabeza esplendoreada de aclamaciones el orto glorioso de una aurora de rosas elevándose sobre un ancho campo cubierto por la germinación de las flores amarillas de la envidia donde ceceando ramoneaba el mulo de la impotencia!

Un buen compañero daba té á sus colegas en la velada que memoro.

¡Amable noche de Brumario!

Los luceros ardían por la alta sombra en un inaudito anhelo de brillar.

En un martirio luminoso.

En un delirio de fuego.

Como los ojos de las mujeres desnudas.

Como los diamantes en los senos desnudos.

Como las inspiraciones en los cráneos de los adivinos.

Había lucernas en el parque vecino á cuya parda humbría paseaban los amantes absorbiendo el aroma que exhalaban las cápsulas de las flores que reventaban ultrajadas por la ventolina mientras las fuentes sonoras como liras cantaban al dios Pan sus pasionarias letanías. . . . .

Era tiempo de aquelanes.

Era hora de visitar á las amigas para oír lo que añora el beso lascivo al glu glu de la champaña corriendo por el coral de las bocas y el marfil de las gargantas.

La morada del invitador era un nido de ruiseñores. . . . .

Colegaba á todas las escuelas.

Allí, al amor de la charla picarezca, en pleno cosmopolitismo, ociaban los artistas, gratamente, dulcemente, mordisqueando personalidades, sin maldad, de buena fe, con sincero júbilo, con sabroso apetito, eliminando de consuno las alevosías acostumbradas. . . . sin salpicar de vitriolo los rostros de los ausentes!

¡Caso raro!

La díscola chusma estaba unida aquella vez amablemente!

Los jóvenes que como Harmodio ofrecen amistad escondiendo el puñal bajo las flores se saludaban francamente en la casa del periodista.

La luz de las lámparas amortecida por las va-

porosas pantallas de encaje lo aureaba todo tenuementé.

Se adhería al biombo japonés rebruñendo los oros de un príncipe Samouari que armado de estrambótico yatagan amagaba las fauces de un dragón de saltones é injectados ojos bajo un cielo de un lila de amatista desgarrado por una parvada de grullas espantadas.....

Arrancaba opulencias de llamas á unos árboles sibilinos fijados sobre la repulida seda por los pespuntos de la sabia aguja de un simbólico bordador del Mikado.

Espejeaba con vívidas nivósidades sobre el mármol de algún mueble.

Destacaba enérgicamente las molduras de los cuadros.

Se untaba cabrilleando en undulaciones serpentinadas por los pliegues de los moarés de las cortinas.

Proyectaba los fantasmas de las cosas prosti-tuyendo la línea en perfiles arbitrarios.

Multiplicaba á los concurrentes en sombras de sombras y en actitudes muy risibles.

Bello asunto para un dibujante genial.

Julio Ruelas por ejemplo!

La cabeza de Jesús Contreras (¡oh mutilado!) caracterizada por la barba filosofal, de un negro azulado, como la de Gil de Rez, se destacaba con líneas numismáticas, hermosa, eminentemente lírica, como un modelo para poner el buril afilado en

la mano de David ó la pluma empapada en oro en la de Teodoro de Banville: un medallón ó un camofeo!

Jesús Valenzuela antojábasenos un magnífico ejemplar para que la ciencia de Rodin creara en bronce siracusano ó en un bloque de alabastro devastado la testa fiera de un caudillo dacio.....

Balbino Dávalos embosado en el ridículo de un paletó color de avellana, temblequeando, como una igüana envuelta en un sobre de carta, pensaba, acaso, olvidando sus estudios, que, el celebérrimo ducado de su paisano, Rafael Martínez Rubio, no consta en el almanaque de Gotha ni el de Galván..... ni el de Spíndola!

Amado Nervo, tumbado sobre una blanda poltrona, con la descompostura de un muñeco de trapo, imaginaba, sin ninguna duda, que su corbata en forma de zapato viejo, su inverosímil gabán, sus pantalones bombachos, su camisa arrugada, eran, prendas de elegancia, capaces de eclipsar en el orbe por los siglos de los siglos la fama de Buckingham la de Luis XIV la de Juan II la de Brummel y la de Lauzun!

Al observar su indumentaria no se podía menos de desear que el gran artista cometiera el delito que álguien imputó á Lord Byron: matar al sastre.....!

Acababa de publicar una novela de la que los periódicos hablaban con encomio.

Comenzaba á revelar sus preclaros talentos. Le querían todos por su bondad por su modestia y por su elocuencia en las conversaciones....

Luis Urbina, con la pomposidad que le es idiosincrática, exhibía, enfatuado, su pingüedinoso cuerpo de enano, que, recuerda, vivamente, á los fenómenos zambos que fabricaban los comprachicos adaptándolos á la forma de una tinaja para venderlos luego á buen precio á los reyes que se divertían como Enrique VIII y Francisco I....!

Charlaba con algún poetilla quitamotas confeccionando equívocos obscenos que hacían patentes la grosería de su cazurra palabra y su absoluta carencia de educación.

—Viejecito, sé bueno, sé recto.... guíate por los rectos....!

Su moffetuda cara, de indio chichimeca, lampiña, vulgar, renegrada, ornada por una horrible melena, adobada con pestíferos untos, nos producía una impresión tan desagradable que á pesar de nuestros heroicos esfuerzos no pudimos lograr que pasara desapercibida para los que cerca del lugar en que estábamos departían.

Nuestra repulsión llegó á su colmo cuando le vimos, cenagosa la mirada, ansioso el ademán, erecto el hinchado prolabio, arrojarse sobre una fuente colmada de ciruelas de la misma manera que lo hiciese un lunanco guarro hambriento al acometer un dornajo repleto á reverter de bellotas y de tronchos.....

¡Aquella gomia que tan lejos se hallaba del querubín de Beaumachais era el más romántico de nuestros vates cursis....!

Hubo un murmullo por la puerta de entrada.

Todas las pupilas se fijaron con interés en la moviente cortina.

El silencio emocional, religioso, que, precede en todas partes á la llegada de los que han logrado rebasar la línea de hierro constreñida á las mediocridades, se imponía con imperio, acallando el tintineo de una copa, la parleta de algún fabricante de renglones desiguales que andaba á bofetadas con la musa la tos pertinaz de un constipado ó el crujido lastimero de un sofá que soportaba los abandonos de algún personaje de peso.....

—Dn. Rafael Delgado!

Se embarazaba el buen señor.

Mucho aparato de gentes era ese para su cordedad natural casi infantil puesta á prueba bruscamente y entre individuos en su mayor parte desconocidos.

Aun lo estamos viendo en este instante: de mediana estatura, de buenas carnes, sin llegar á la robustez, llevaba en la trémula diestra un paraguas con puño de mal gusto, á la vez, que, en el antebrazo, correspondiente á la siniestra, colgaba el abrigo de paño pardo doblado cuidadosamente, el chaleco que estaba cruzado por brillante cadena de plata nielada, con un heráldico lis por

colgajo, auguraba, una cebolleta de esas que marchan exactamente con el meridiano, el moquero asomaba sus puntas de lino por la bolsa pectoral de la levita, eran limpísimos los charolados borceguies, portaba, calados, los guantes, era flamante su peinado, y, las aguzadas puntas del blondo bigote, hacían resaltar los pómulos, recién afeitados que ostentaban el viso mate que dejan en el grano de la piel después de ser usados los pierrotescos polvos de arroz. . . . .

Olía bien, á gente decente, á buena persona. . .

Parecía cohibido y molesto.

Sonreía á todos empeñado en agradar, procurando contestar con urbanidad alfeñicada á las preguntas de los admiradores impertinentes, ruborizándose, ante los elogios serviles, prodigando conceptos afectuosos á los desconocidos y esbozando por todos lados cortesánias y caravanas de caballero bien nacido. . . . .

Al principio, al estudiarlo con superficial interés, siendo víctimas de nuestra miopía juvenil, nos pareció, un honrado padre de familia, embrutecido por el matrimonio, un Abraham burocrata, un íntegro comisionista, ó, un hórtera santandereino, uno de esos iberos que arriban á nuestras playas, atibonados de ajos y de judías, para iniciar su conquista por el pan tras los mugrosos mostradores de una casa de préstamos ó los de un almacén de ultramarinos. . . .

Después, al observarlo, de cerca con más aten-

ción, tuvimos el indecible placer de comprender que nuestro error era tan grave como imperdonable. . . .

Su frente noble, soñadora, viril, identificaba un cráneo perfectamente conformado, amplio, fuerte, como construido para que en su interior se efectuaran todas las combustiones del pensamiento, sus ojos claros, de mirada escrutadora, amorosa á veces, el mentón de su enérgica barba, su franca sonrisa, denunciaban, sin escrúpulos ni reticencias, la entereza de su carácter, la potencia de su imaginación privilegiada, la bondad de sus sentimientos, la claridad de su inteligencia, la serenidad de su conciencia y la impecabilidad de su vida. . . . .!

No, aquel acicalado, aquel correcto caballero, aquel proveyecto varón, de modales aterciopelados, que, pagaba á la sociedad los tributos que ella le demandaba, conservando manumitada su dignidad personal, debía ser algo más respetable que un quidam vulgar, tenía, la encantadora modestia que no hemos encontrado nunca entre las ampulosas medianías que profanando á la poesía, al arte, á la ciencia, al valor, al amor, pululan en el país, y, se imponen, por el descaro, por la astucia, por la hipocresía, por la insolencia, para triunfar, después, ruidosamente, prostergando los méritos verdaderos; tenía, la casta, la simpática afabilidad que sólo llegan á adquirir, completa, aquellos seres cuyo espíritu se ha perfeccionado en las ad-

versidades, en esas luchas de prueba, de las cuales salen aquilatadas, depuradas con maravillosa exactitud, como las piritas de las copelas, como los álcalis de los alambiques, las virtudes cardinales de los puros y las maldades innatas de los perversos.....

Indudablemente se había reconciliado con la vida á pesar de las continuas brutalidades de ella.

Seguramente había capitulado con el dolor sin juramentar la paz bajo el cadalso erigido por el egoísmo en sacrificio de la fe de la esperanza y de la caridad.....

Sin duda había logrado adquirir ya toda la ciencia de la experiencia que cuando es aprovechada se resuelve en una inagotable conmiseración hacia las miserias que entorpecen las inteligencias debilitan las almas y pudren los corazones!

Envidiamos la serena ecuanimidad de ese creyente del buen Dios tachado de ultramontano por los volterrianillos que creyéndose bebedores de sangre sólo eran catadores de aguardientes.....

La codiciamos nosotros los que alejados de todas las creencias por raquitismo de voluntad ó por crueldad ingénita no hemos podido frenar nuestras pasiones embravecidas por el infortunio.

La deseamos nosotros los que careciendo de misericordia no hemos podido perdonar á nuestros enemigos levantando por ellos una ardiente invocación al cielo,

Los que al ser heridos en la batalla de la existencia hemos sentido todos los ofuscamientos que convierten en bestia rabiosa á la criatura...

Los que nos hemos abajado hasta los viles cambiando con ellos golpes por golpes.

Los iracundos que de buena gana llevaríamos los fuegos del exterminio á los hogares de los sibaritas.....

Cuán dichoso habitaría en su casita del lejano pueblo aquel obrero de hábitos sencillos.

Cuán dichoso vegetaría en su destierro voluntario sin tratar con genios no comprendidos ni con hombres de corazón de esos que dándose golpes en el pecho proclaman sus larguezas hasta en los garitos.....

Cuán dichoso permanecería en sus lares lejos de los tartufos, de los histriones, alegre, sin rencores, gozando de la grata tranquilidad y el voluptuoso contentamiento de una conciencia sin manchas...!

Enemigo natural del vicio, de la huelga, después de trabajar, con ahinco, descansaría en su alcoba de soltero sin ver el sardónico visaje del alcohol al hundir hasta la cruz sus dolorosos puñales ni contemplar en la sombra la mano negra del odio esgrimido en las cóleras en los castigos y en las venganzas...!

La mejor de las obras de Rafael Delgado condensa una doctrina irrefutable.

Podría compararse á un corazón ensangrentado.



Es un climax de morato socialismo en el que plasma una cordera destrozada por las mordeduras de los lobos beocios que garbean en el rebaño del pauperismo. . . .

Es terriblemente humana: el fatalismo de la vida se impone como una ráfaga haciendo el estrago en aquellas páginas fragantes en que redundan siempre los errores y las preocupaciones de las costumbres.

Se yergue allí enunciando la insolencia con que lo vemos preponderar por todas partes.

Es un pedazo de la realidad, una víscera arrancada al cuerpo social, una exacta reproducción, del dolor terreno, del viejo dolor secularizado que desde el crimen de Cain camina errabundo por el fango sublunar obedeciendo inevitablemente á la fuerza ciega que lo impele hacia adelante como impulsaba la maldición divina á Ashaverus el judío inhospitalario.

Es triste la historia de aquella pobre muchacha arrastrada á la perdición, al martirio, á la muerte, por el egoísmo por la maldad y por la intriga de unas cuantas gentes despreciables. . . .

Es punzante hasta emocionar la biografía de aquella espuria hija del pueblo, hecha de carne el bestiarío, marcada por el destino para la esclavitud, víctima predestinada para el eterno sacrificio, expiadora inconsciente de las concupiscencias de sus progenitores, que, en un instante de femeníl despecho, sacrifica sus ilusiones juveniles, sus

legítimas aspiraciones á la felicidad, cayendo presa de la desesperanza, sin besos, sin voluptuosidades, sin deleites, en el lecho infecundo de un lechuguino, de un vulgar burlador de mujeres, de un calaverilla palumbario enriquecido por el privilegio infame de la herencia. . . .

Es cruel, por lo verdadera, por lo conmovedora, la tragedia que se verifica en el alma de aquel obrero, generoso que aconsejado por los celos, herido mortalmente por lo que cree ingraticudes de su amada, contribuye sin saberlo, á la obra de su propia desventura, al triunfo de su rival, á la perdición, al tremendo crimen de la moza. . . . .

El romance se desenvuelve con método pasmoso y perfecta serenidad.

Allí todo es equidistante.

Todo está previsto con sabiduría.

Todo sucede como tenía que suceder. . . . .

Nada discrepa, nada falta, nada sobra. . . . .

Estamos casi seguros de que al escribir favorecieron al autor todas las circunstancias, pues, de otra suerte, á pesar de ser un hábil, aunque pusilámene, explorador de los modernos problemas sociológicos, no hubiera logrado producir una creación de tan poderoso aliento, de tan bellas proporciones, tan completa por la concepción, por el procedimiento empleado en la subordinación de los elementos contribuyentes al éxito de la idea capital, por el análisis psíquico, por la tendencia docente, por las descripciones y por el

estilo que está elevado á la más augusta consagración.

Hay en ese cuadro una atinadísima selección de tipos.

Las comadres bachilleras lo mismo que los mozos jaquetones gravitan en un sistema propicio para fertilizar la escabrosa labor biológica del novelista.

Los vemos todos los días vegetar y morir por falta de ambiente. . . . .

Existen poseyendo facultades emotivas propias porque el escritor ha tenido el talento de circunscribir sus portentosas aptitudes observativas á lo que es natural.

Son nuestros conocidos, acaso nuestros vecinos, en algunos momentos nos han inquietado sus expoliaciones, sus vicios de irresponsables, muchas veces, los hemos amado con poética ternura y seducidos por el positivo interés que despiertan los lineamientos de sus caracteres discímboles hemos experimentado el irresistible deseo de hacer la disección de sus espíritus generosos é incomplicados.

Su segunda novela es la monografía de dos muchachos tímidos cuyo amor sentimental muere de anemia como un floripondio palustre al advenimiento de un crepúsculo sin astrales augurios.

Algunos críticos pasándose de listos han ase-

gurado sin escrúpulo que esa narración es el primer episodio amoroso de la vida del prosista.

No creemos que ese poema platónico sea subjetivo en todas sus partes.

Únicamente afirmaríamos que al confeccionarlo puso el autor en él muchas de sus ideas individuales.

La obra en su esencia nos parece un poco insípida.

Según nuestro criterio el mérito de ella radica en la pureza de la frase y en la verdad pasmosa con que están dibujadas las descripciones.

En esa difícilísima labor el nombre del talentoso veracruzano llega sin exageración alguna á las inasequibles alturas en que han colocado su reputación ilustres de la fuerza de Galdós y de Pereda.

Villaverde y Pluviosilla ocuparán siempre en la novela nacional el lugar que en la ibérica península tienen Ficóbriga y Coteruco. . . . .

Nadie ha superado aquí á Rafael Delgado en el cultivo de la novela regional.

Los que lo han intentado si bien no han fracasado se hayan muy lejos no solo de competir con él pero ni aún de imitarle siquiera.

El gran literato no sólo puede servirse del visturi del analista para empeñar el delicado trabajo de disección con la sagacidad de un Paul Bourget.

Sabe también, sin estenografiarlo, imprimir al

diálogo rústico entre las locuciones locales toda la exuberante poesía que le es propia.

Translada al papel con todo el pujante colorido de su pincel de paisajista la tropical floralia de los jardines la majestad augural de las cordilleras y la belleza del azul lapislazuli de nuestras tierras tropicales.

Su prosa es amplia, elegante, bien constituida, por más, que, en algunos casos, debido á su afán por alejarse de todo nihilismo literario la fabrica con una corrección un tanto terca que la hace caer en los melífluos amaneramientos de la didáctica composición académica.

Tan feo defecto es lamentable al tratarse de un creador que para hacerse célebre en las más eminentes cumbres del arte no necesita tranzar con las ridículas impertinencias que con todos sus aledaños son inherentes al precepto conservador.

No quiere convencerse de que á los murciélagos del casticismo les ha supurado siempre el esponjoso encéfalo

No quiere convencerse de que pretender legislar con reglas impertinentes el idioma para hacerlo didáctico es llevar la belleza á los tribunales de la inquisición.

A pesar de eso es innegable que conoce perfectamente la lengua.

Nunca macula el papel con las dicciones polutas.

Como los personalísimos generadores de Ger-

minie Lacerteux gusta de los capítulos cortos y laboriosamente condensados.

Cuando quiere sabe como ellos hacer de los períodos aristocráticas diademas

Le es conocido el secreto de convulsionar el alma del lector con los diapasones de la lira eolia.

Sabe encontrar la palabra selecta que unida en eslabones forma la línea que avaloran los inteligentes con la fricción con que valúan los joyeros los hilos formados con perlas con esmeraldas y con diamantes. . . . .

¿Por qué Rafael Delgado á quien la fama ha prodigado sus mas amorosas dilecciones dejó hace tanto tiempo de escribir?

¿Por que Rafael Delgado que podía vender sus ediciones y ganar mucho dinero ha crucificado su aurea pluma imponiéndose el ostracismo?

¿Será que también cree como los autores de La Faustin que la gloria es una calavera coronada de laureles de yeso dorado?

Será que también cree como los autores de Manette Salomón que el dinero es la moneda falsa de la dicha?

¿Se habrá decepcionado ante el expansionismo que en nuestro corrompido país adquieren cada día los efímeros que sin estro pellizcan las cuerdas de la cítara de las leyendas de oro á los talones de los magnates embrutecidos?

Sería cruel que inscribiera en el perdurable pórfido de las dos creaciones de su genio la sátira que

grabó Miguel Angel á los piés de una de las estatuas del mausoleo de Juliano de Médicis.

Comprenda que el arte está por encima de la miseria de los hombres y del orgullo de los dioses. . . . .

Produzca por que es fecundo.

No tiene derecho de amortajarse en vida como Carlos V. . . . .

— \* —

## BERNARDO COUTO CASTILLO.

*El estudio del natural me parece un mal signo, trae la sumisión, la debilidad, el fanatismo, esa prosternación ante los detalles es indigna de un artista completo.*

FEDERICO NIETZSCHE.

*El hombre normal quizá debe ser un tonto.*

FEDOR DOSTOYUSKI.